
Ecumenismo y paz*

*Jairo Alfredo Roa B.***

Agradezco a la Universidad Javeriana, por crear este tipo de espacios, que nos permiten plantear un desafío importante para los cristianos en Colombia. El hecho de estar aquí, es un motivo más para agradecer a un gran amigo, que a pesar de habernos abandonado, nos ayudo a ir concretando una praxis ecuménica desde los más pobres. A un amigo, como lo fue el padre Neftalí Vélez.

Tengo la esperanza, la fe, la firmeza y la convicción de que el ecumenismo no sólo es una necesidad de la cristiandad, sino una fuerza del Espíritu que va más allá de nuestras buenas intenciones, de nuestra prudencia, de nuestros temores y prejuicios, de nuestras convicciones teológicas y de nuestros parámetros eclesiales.

1. INTRODUCCIÓN

A modo de introducción quisiera señalar lo siguiente: Estamos experimentando hacia finales del siglo XX un despertar en el campo religioso, que recorre las diferentes iglesias y religiones. Lejos de olvidarse de lo religioso, la humanidad de

* Encuentro "Tolerancia y Paz", octubre 18-20 de 1995, en la Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá.

** Pastor de la Iglesia Menonita (Este término se aplica a los seguidores de Mennón, reformador holandés del siglo XVI). Bachiller Superior en Teología del Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET), Buenos Aires, Argentina. Profesor Facultad de Teología, Universidad Javeriana.

finales de siglo, se abre a la realidad última. Este replanteamiento de la espiritualidad ha llevado a diversificar el campo religioso, convirtiéndose en un desafío para la humanidad y para nuestras iglesias. Hoy escuchamos hablar de nuevos movimientos religiosos que forman parte de la sociedad. Aunque no son movimientos “nuevos”, puesto que han estado presentes en la sociedad por mucho tiempo, es ahora cuando se han dado ciertas condiciones y posibilidades para que estos movimientos hagan más claras sus expresiones religiosas. Sorpresivamente nos fuimos dando cuenta que no estábamos solos en el campo religioso. Si por mucho tiempo se asumió una actitud intolerante, beligerante y acusadora hacia estos nuevos movimientos religiosos, hoy más que nunca necesitamos de la tolerancia, la fraternidad, el reconocimiento y el respeto por el otro. Tarea que no es del todo fácil y que requiere de nuestra conversión.

2. LO ESCANDALOSO DE NUESTRAS DIVISIONES

El diálogo ecuménico nace de una profunda toma de conciencia de lo inadmisibles que resultan nuestras divisiones. Si bien es cierto, podemos alegar causas históricas, teológicas y existenciales, que dieron motivo a la división de la cristiandad, también debemos ser conscientes que las divisiones de la cristiandad hacen no sólo inválido el mensaje de Jesús, sino que le quitan la credibilidad. No hay un escándalo mayor que contemplar a los cristianos divididos, entrando al mercado de la oferta y demanda por los seres humanos. La división de la Iglesia hace del mensaje de la cruz, un mensaje vacío, que carece de la praxis de amor y de perdón de los mismos cristianos. La tolerancia es un requisito de la verdadera Iglesia. Tener la verdad y el poder, pero carecer de amor, de fraternidad y de respeto al otro, hace vacío el mensaje de la cruz. Es por esta razón, que el papa Juan Pablo II, en su reciente carta encíclica sobre el ecumenismo, ha manifestado: “¿Cómo anunciar el Evangelio de la reconciliación sin comprometerse al mismo tiempo en la obra de la reconciliación de los cristianos?”.

Ya hacia finales del siglo XVII, y muy poco tiempo después de la Reforma, John Locke, en su tratado sobre la tolerancia religiosa, nos decía: “La tolerancia con los que tienen opiniones religiosas diferentes está tan de acuerdo con el evangelio y con la razón que parece una monstruosidad que haya hombres tan ciegos en medio de una luz tan brillante”.

Estas cosas nos llevan a afirmar que no faltan voces, ni expresiones, ni manifestaciones, en nuestro diario vivir, que no nos hagan conscientes de la necesidad y urgencia para los cristianos del diálogo ecuménico.

3. RECORDANDO UN POCO EL CAMINO

Haciendo un recuento de la historia del diálogo ecuménico, quisiera señalar solo dos acontecimientos que me parecen que nos ayudan en la búsqueda de la unidad de los cristianos.

En primer lugar, la necesidad de diálogo ecuménico surgió del impulso misionero del siglo XIX, que llevó a los miembros de las diferentes Iglesias a plantearse el tema de unidad. A los nuevos campos misioneros no sólo se les lleva el mensaje del evangelio, sino que de igual modo se les lleva las divisiones de la cristiandad. La proclamación del evangelio se convirtió en una guerra por las almas. Este panorama llevó a los cristianos a dialogar acerca de la unidad de la Iglesia.

No es nuevo para nosotros, cómo los campos de evangelización, se convierten, en muchas ocasiones, en agresiones religiosas y en un transplante de nuestras divisiones. En esta semana un compañero de la universidad me compartía como en el Amazonas los indígenas unidos milenariamente por su cultura, su fe y su tierra, eran divididos por la religión de los cristianos.

En segundo lugar, el diálogo por la unidad de la Iglesia toma una mayor relevancia a partir de la Primera Guerra Mundial. En medio de la guerra las Iglesias se hacen presentes para mantener el pensamiento de la paz entre los pueblos. Es por esta razón que, al finalizar, la guerra las Iglesias se reúnen para discutir sobre las necesidades éticas y sociales de la humanidad, abogando por la paz y un ordenamiento social justo. No se podía esperar a que las Iglesias logaran un acuerdo sobre cuestiones doctrinales. La situación imperante hacía necesaria una cooperación práctica entre ellas.

El contexto colombiano, marcado por la violencia, la violación de los derechos humanos, la injusticia y las desigualdades sociales, hace imperante que si las Iglesias no podemos ponernos de acuerdo en asuntos doctrinales, debemos partir de la necesidad de cumplir nuestra tarea, en la búsqueda de la paz, del respeto a los derechos humanos, de la justicia y la reconciliación de nuestro pueblo.

4. EL ECUMENISMO DESDE LA CRUZ

Si nos preguntamos por el punto de encuentro y de partida del diálogo ecuménico, se nos hace necesario hablar de la teología de la cruz. Es decir, el crucificado es el

criterio de nuestra praxis ecuménica. Como manifestara Martín Lutero: “Cruz probat omnia”. La cruz prueba todo, de igual modo que tendríamos que la cruz prueba todo aquello que merece llamarse cristiano. ¿Por qué no pensar en la cruz como punto de encuentro y prueba definitiva de nuestra praxis ecuménica?

Para el teólogo Luterano, Jürgen Moltmann, en el ecumenismo al pie de la cruz:

La unidad ecuménica de la Iglesia tiene que ser necesariamente una unidad en la verdad, y esta verdad, que posibilita y exige la unidad es la verdad de su muerte sacrificial en la cruz del Gólgota, una verdad que todo lo invade y renueva. El fundamento interno del movimiento ecuménico consiste en la oración sacerdotal del propio Jesús: “... que todos sean uno” (Jn. 17:21). El fundamento externo de la comunión de los cristianos en la tierra radica en el sufrimiento de este tiempo. Sólo a través de la comunión ecuménica, puede la cristiandad dar testimonio de la paz de Dios a este mundo dividido, oprimido y destrozado.

¿Cómo hablaremos de paz, de perdón y de reconciliación, si no hemos aprendido a perdonarnos y reconciliarnos mutuamente? El mensaje de paz, perdón y de reconciliación, propio de la teología de la cruz, comienza a ser efectivo cuando en nuestras praxis eclesiales fortalecemos los vínculos de comunión y fraternidad entre los cristianos. Si partimos de la cruz como prueba definitiva de nuestra praxis ecuménica, se hace válidas las palabras de Moltmann:

El ecumenismo surge en la cruz, donde nos encontramos a nosotros mismos al pie de la cruz de Cristo, y bajo su cruz nos descubrimos como hermanos y hermanas, como hambrientos que sufrimos una pobreza común, como cautivos en el mismo pecado. Al pie de la cruz estamos todos con las manos vacías. No tenemos nada que ofrecer sino el peso de la culpa y el vacío de nuestros corazones. Al pie de la cruz no estamos censados como protestantes, ni como católicos, ni como ortodoxos. Allí los impíos son justificados, los pobres enriquecidos y los tristes colmados de esperanza. Por eso, al pie de la cruz nos descubrimos también como hijos de la misma libertad de Cristo y a la vez como amigos en la misma comunión del espíritu.

Si afirmamos que la cruz es el punto de encuentro del diálogo ecuménico, también hemos de preguntarnos por la presencia de la cruz en medio nuestro. Hoy el crucificado se nos hace presente en medio de los que sufren violencia, de aquellos a quienes son violados sus derechos, entre los que sufren, porque las condiciones y las posibilidades de vida son mínimas. En el dolor, el sufrimiento, la enfermedad, la tristeza, el abandono, la marginalidad, no hay diferencias entre las Iglesias. Los

pobres se sienten hermanos, las víctimas se sienten solidarias, los débiles se sienten compañeros. Muchos de nuestros hermanos colombianos que son perseguidos, se sienten hermanos del sufrimiento, hermanos de la pasión, se acercan al único y buen Dios, dador de la vida y de la justicia. Frente al sufrimiento, se ora y se reza, ante la persecución y la muerte no hay sacerdote ni pastor, no hay culto ni misa; hay fraternidad, solidaridad, fortaleza y valor comunitario.

El diálogo ecuménico se fortalece cuando nos encontramos con los desposeídos, los perseguidos, los maltratados, aquellos a los que les han sido violados sus derechos. Desde la cruz de Cristo, el ecumenismo se teje en la resistencia y el sufrimiento compartido. De ningún modo hay que excluir los intentos de los dirigentes de las Iglesias, de los teólogos y teólogas; pero el ecumenismo es tarea de toda la Iglesia. Quizás los laicos y las mujeres excluidas de nuestras praxis eclesiales se conviertan también en forjadores del encuentro por la vida y la paz entre los cristianos.

Así que como se dijera en la reunión por la unidad en Lund en 1952: “Cuanto más nos acercamos a Cristo, más cerca estamos los unos de los otros”.

5. EL ECUMENISMO DESDE LA DIVERSIDAD

Podríamos hacer una larga lista de nuestras diferencias, de las razones que justifican nuestras formas de pensar y de creer; no faltarían los argumentos racionales, teológicos, históricos y existenciales. Nuestras diferencias han sido instrumento de separación y han fortalecido la división. Por tal razón, frente a una teología apologética, frente a una teología de la controversia que se coloca al servicio de la división. Debemos dar curso a una teología ecuménica, que esté al servicio de la conciliación, de la unidad, a una teología de la tolerancia, del reconocimiento del otro como parte de la iglesia del Señor. Así que, pensar ecuménicamente significa: “Considerar que tú sólo eres una parte, una parte de la iglesia”.

Si durante siglos hemos solucionado los conflictos por medio de los cismas y las divisiones, ahora debemos seguir el camino contrario y encontrar la unidad en la diversidad y la diferencia. Como cristianos estamos llamados a soportar los conflictos y superar las contradicciones. Si nuestras diferencias han sido instrumento de separación, hoy las diferencias y la diversidad de nuestra fe, deben ser vistas como enriquecimiento de la cristiandad. Como dijera el encuentro de Lund, en 1952:

Hemos caído en la cuenta de que no podemos hacer ningún progreso real hacia la unidad si nos limitamos a comparar nuestras diferentes concepciones de la iglesia y las tradiciones en que se insertan. Se ha puesto de manifiesto que nos aproximamos unos a otros en la medida en que nos aproximamos a Cristo. Por eso, a través de nuestras divisiones, hemos de ir penetrando en una comprensión más rica y profunda del misterio de la unidad que se ha dado en Cristo con su Iglesia.

6. POSIBILIDADES DEL ECUMENISMO EN COLOMBIA

Hablar del ecumenismo en Colombia es hablar de un trabajo lento que requiere paciencia y comprensión. El ecumenismo es posible en la medida que reconozcamos nuestros errores, nuestras actitudes sectarias, nuestras continuas exclusiones. Es posible en la medida que superemos las intolerancias generadas por nuestros temores, prejuicios, ignorancias, miedos y juicios apasionados.

Efectivamente, en Colombia hay muchos grupos cristianos que han mantenido sus reservas al diálogo ecuménico. La comunión ecuménica no nace de la noche a la mañana sino del esfuerzo, la paciencia, el trabajo constante, sin perder la esperanza de ir creando nuevos espacios de comunión. El miedo, la ignorancia, los prejuicios y sobre todo el pasado, nuestra historia, no son cosas que desaparecen de un momento a otro. No podemos desconocer nuestras culpas, errores y actitudes antiecuménicas que fueron ampliando la brecha de separación.

En Colombia, el diálogo ecuménico se encuentra ante un doble dilema. Por un lado, que la comunión ecuménica se construye paso a paso y no lleva la prisa de los que anhelamos ver la comunión de la Iglesia. Pero por otro lado, en el caso de Colombia, la violencia, la pérdida de los valores, los sueños frustrados, la violación de los derechos humanos, no pueden ir a la par del diálogo ecuménico. Si pensáramos más en nuestro pueblo, en los crucificados, más que en nuestras verdades, en nuestro pasado, construiríamos un ecumenismo desde la praxis. El unirnos por la justicia, la paz y el respeto a los demás, es sin lugar a dudas un espacio de crecimiento hacia la tolerancia religiosa y hacia la comunión ecuménica. Nuestras diferencias son un aporte valioso para la paz. Cada uno, desde su punto de vista, desde su trasfondo, desde su esperanza, desde su sueño, fortalecerá la paz. Nuestras diferencias religiosas nos deben impulsar a la defensa de los derechos humanos, al rechazo a la violencia, a la tortura, a la muerte, a la injusticia, a la pobreza. Por tanto, desde la realidad de nuestro pueblo colombiano, el ecumenismo no se trata de permanecer juntos, por más hermosa que sea la fraternidad, sino de avanzar y ayudar a concretar espacios para la paz.

El diálogo ecuménico en Colombia es posible en la medida que garanticemos la libertad religiosa, no tanto como una ley del Estado, sino como una demanda del Evangelio. La relación de Iglesia y Estado generalmente ha sido un instrumento de prestigio y reconocimiento de las mayorías sobre las minorías religiosas. Por tal razón, no hay posibilidades de diálogo ecuménico, mientras mantengamos la arrogancia y prepotencia.

No podemos pasar desapercibido uno de los acontecimientos grandiosos para el ecumenismo, como lo fue el Concilio Vaticano II. El decreto: “*unitatis redintegratio*” nos da algunas recomendaciones que son valiosas en la búsqueda del diálogo ecuménico en Colombia:

1. El empeño por la unidad corresponde a todas las denominaciones cristianas. La búsqueda del diálogo ecuménico debe ser una tarea de todos los miembros de la Iglesia.
2. La Iglesia está llamada a una perenne renovación, entendiendo la renovación en términos de aumento de la fidelidad a su vocación.
3. El verdadero ecumenismo no puede darse sin la conversión interior.
4. La conversión se expresa no sólo en la aceptación del otro, sino en la creación de espacios de oración común.

CONCLUSIÓN

Quisiera terminar con las palabras de un Padre de la Iglesia: “Los cristianos usan sólo la palabra de Dios como instrumento de paz”. Quiera Dios que cada uno de nosotros asumamos el compromiso de la comunión ecuménica de tal forma que el ecumenismo abra las puertas de la paz.